

bres, como el eco de una armonía celestial. Habeis igualado todas las condiciones á los ojos de la religion, de que érais apóstoles; habeis proclamado las verdades mas santas; habeis hecho cruda guerra al poder que oprime, y á la riqueza que insulta; habeis protegido la causa de la humanidad, y hecho ver al mundo, que para el Padre comun no hay reyes ni esclavos, porque todos son sus hijos. Habeis sido, en una palabra, los actores de un drama, de que solo Dios puede haber sido el poeta. Vuestros tiempos han pasado, pero vuestra memoria no morirá.



al mundo; con la luna que le envia sus tibios y melancólicos resplandores; los mares se retiraron para permitir en perpetua prision; la tierra pareció con todas sus plantas y producciones; fueron los animales y los peces y por último apareció el hombre como dueño de todo lo criado. Aquí una reflexion consoladora de agüento y de esperanzas. Mirad, habia dicho hasta allí el Creador, en todos los periodos de la creacion; mas para formar al hombre como si quisiera anunciar la mayor y la mas espléndida de sus obras dijo: "Hagamos al hombre."

LECCION XI.

Quien al hacerse elevase con la conviccion de su importancia y poder y de intentarlo todo, seguro de su idoneidad y de su triunfo?

Posible y realizable es nuestro natural deseo de do- De la posibilidad en todos los hombres, con pocas excepciones, de llegar á ser elocuentes.

de la voluntad, á todos los grados de la inspiracion, á los dos los caprichos de la fantasia. El hombre es un ser

La naturaleza ha concedido á todos los hombres la palabra, la razon y la pasion. He aquí el conjunto de la elocuencia, que no es otra cosa que la palabra clara ó apasionada.

La cuna de la elocuencia está en el origen del mundo. La palabra que sirvió á la creacion, esa palabra misteriosa, generadora por excelencia, cohetánea del tiempo, término y fin del caos, fué una palabra elocuente; fué mas que elocuente; fué sublime. Dijo Dios: "hágase la luz; aparezcan los cielos y el firmamento; fôrmense los mares; sea la tierra y produzca frutos; existan el sol, la luna, y las estrellas; puéblese la tierra de animales y el mar de peces; hagamos, por último, al hombre;" y la luz fué hecha, y se desplegaron los cielos, bordados de estrellas, con el sol, que da luz y calor

al mundo; con la luna, que le envia sus tibios y melancólicos resplandores; los mares se retiraron para gemir en perpetua prision; la tierra pareció con todas sus galas y producciones; fueron los animales y los peces, y por último, apareció el hombre como dueño de todo lo criado. Aquí una reflexion consoladora de aliento y de esperanza. *Hágase*, habia dicho hasta allí el Criador, en todos los periodos de la creacion; mas para formar al hombre, como si quisiera anunciar la mayor y la mas espléndida de sus obras, dijo: "*Hagamos al hombre.*" ¿Quién al fijarse en este cambio de lenguaje, dejará de elevarse con la conviccion de su importancia y poder, y de intentarlo todo, seguro de su idoneidad y de su triunfo?

Posible y realizable es nuestro natural deseo de domar la palabra, y de hacerla servir á todos los impulsos de la voluntad, á todos los giros de la inspiracion, á todos los caprichos de la fantasía. El hombre es un ser naturalmente progresivo. Desde que hubo lenguas, debió haber tendencias marcadas á su perfeccion, y desde que se hizo sentir el poder de la palabra animada, debió trabajarse para conquistar aquella ventaja. Todavía estaban los hombres muy lejos del arte; todavía no se conocian las reglas que fijan y arreglan los movimientos oratorios; pero habia palabras, habia razon que las dirigiera, habia pasion que las convirtiese en dardos, y esto bastaba para que la elocuencia existiese; no esa elocuencia compasada, desteñida, esclava de los preceptos, que se huela en la region de los cálculos y de las medidas, sino esa otra elocuencia varonil y abundante, hija del corazon, poderosa como él cuando se desborda, domina y triunfa de todos, por medio de sus arranques y de sus arrebatos.

Las reglas, dirigiendo al genio, han podido producir grandes oradores: los Pericles, los Alcibiades y los Demóstenes en la culta Atenas, destinada á ser la patria de las artes y de todo lo bello; los Gracos y un Ciceron en la república Romana, que al influjo del talento y de la palabra de este último, vió realizarse en ella la fusion y el tránsito de la civilizacion griega. ¿Pero cuántas veces estos mismos oradores, que llenaron el mundo con su palabra y con su fama, no rompieron las ligaduras de los preceptos, al desplegar sus alas para remontarse en el espacio, y vagar en él, impelidos por el soplo de la inspiracion?

Sí, la inspiracion es, si no el todo, al menos el elemento germinador para la elocuencia: y esta inspiracion está en la fantasía, está en la sensibilidad, está en el corazon, y á todos nos ha cabido al salir de las manos de la naturaleza, en mayores ó menores proporciones, corazon, sensibilidad y fantasía. Fíjese la vista en un rancho de salvages, excitados por un sentimiento de odio y de venganza, para marchar contra sus enemigos. Un hombre apasionado con el recuerdo de los ultrajes, se alza entre ellos, muestra las heridas que acaba de recibir, y pide que se vuelva injuria por injuria y flecha por flecha. Su palabra es inflamada, y produce en el círculo de gentes que le escuchan, una conmocion viva y profunda. ¿Dónde ha aprendido las reglas para una peroracion tan acalorada y persuasiva? En ninguna parte: habla porque Dios le dió la palabra: habla directamente á su propósito, porque Dios le dió la razon: habla con ardor y con vehemencia, porque Dios le dió la pasion que le inspira y exalta.

Y si esto ha sido aun en medio de los bosques, donde no habia penetrado la luz bienhechora de la civiliza-

cion, donde la razon es ruda y selvática, y donde no hay ni observaciones ni preceptos que poder seguir, ¿por qué desesperar ninguno de nosotros de llegar á ser oradores, cuando la civilizacion en todo su desarrollo, es el síntoma característico de nuestro siglo, cuando una emulacion vivificadora nos sirve de elástico resorte, cuando contamos con libros y maestros, y cuando tenemos todos los dias á la vista, cuadros de tan magnífica espontaneidad, y de alocuciones tan arrebatadoras? Y así es, porque la Providencia ha querido que nuestra época sea fecunda en sucesos, rica en emociones, abundante en vicisitudes y en contrastes; que en ella estén siempre abiertos ó en accion los laboratorios de la inteligencia, los tesoros del pensamiento, y los estímulos de la voluntad y de la pasion.

“Cada edad, ha dicho un autor notable, ha tenido sus meteoros políticos, científicos ó literarios, y á veces los ha reunido en las mismas épocas de vida y fecundidad.” Este es el verdadero retrato del tiempo en que vivimos. Una fermentacion general se apodera de todas las inteligencias, y los hombres buscan la mejora de sus destinos por los caminos de la ciencia. Las lenguas se rozan y se enriquecen; los conocimientos y las ideas sirven de objeto á un comercio incesante y recíproco; el pensamiento vuela de una parte á otra, como un viagero infatigable que recorre el mundo para visitar todos los pueblos, sin parar en ninguno; y por do quiera procura la razon levantar sus templos, la justicia fabricar sus altares, y la filosofía, con la elocuencia, que es su lengua y su brazo, proclamar sus dioses. ¿No nos ha dado la naturaleza la palabra, como el don magnífico que nos distingue de los animales? ¿No podemos enriquecerla con el estudio y con el trabajo, haciéndola servir

con abundancia, y hasta con lujo, á la expresion de todos nuestros conceptos? ¿No nos ha concedido una razon que se ilustra y perfecciona con los libros, con la meditacion y con el trato de los demas hombres? ¿No ha colocado en nuestro corazon el gérmen de las pasiones, el centro del fuego de la vida, el manantial de nuestros afectos y de nuestro entusiasmo? De todos estos bienes somos poseedores, y solo se necesita emplearlos con acierto y constancia, para que la palabra sea en nuestra mano un instrumento dócil y flexible, que obedezca á nuestro deseo, y siga y se amolde á todas sus trasformaciones. Que no se crea, pues, que es muy difícil hacerse elocuentes: piénsese en la gran distancia que hay entre el hombre de regular talento y educacion, y los rudos habitantes de los campos, en la manera de anunciar las ideas, y vestirlas con imágenes y giros graciosos; repárese en que esta diferencia consiste solo en la diversidad de estudios y de cultivo del entendimiento y de la expresion, y se desechará ese desaliento fatal que esteriliza y anula tantas felices disposiciones.



con abundancia, y hasta con lujo, á la expresion de los nuestros conceptos? No nos ha concedido una taraxon que se ilustra y perfecciona con los libros, con la meditacion y con el trato de los demas hombres? No la colocado en nuestro corazon el gérmen de las pasiones, el centro del fuego de la vida, el manantial de nuestros afectos y de nuestro entusiasmo? De todos estos bienes somos poseedores, y solo se necesita emplearlos con acierto y constancia, para que la palabra sea en nuestra mano un instrumento dócil y flexible, que obedezca á nuestro deseo, y siga y se amolde á todas las transformaciones. Que no se crea, pues, que es muy difícil hacerse elocuentes; dígnese en la gran distancia que hay entre el hombre de regular talento y educacion, y los ruidos habitantes de los campos, en la manera de anunciar las ideas, y vestirlas con imágenes y giros ricos; repararse en que esta diferencia consiste solo en la diversidad de estudios y de cultivo del entendimiento, y de la expresion, y se desechará ese desahucio fatal que esteriliza y anula tantas felices disposiciones.



La subida es alegre, bulliciosa, y con un horizonte á la vista extenso y encantado; la bajada es fatigosa por lo rápida, triste y melancólica, porque el horizonte se acaba, y porque se piensa que todo ha quedado á la espalda. Pero entre los individuos y las sociedades, hay una diferencia muy grande; el hombre muere, y las sociedades renacen y se regeneran. La elocuencia, que es el tipo de los individuos y de los pueblos, se acomoda á todas las transformaciones, y por mejor decir, es su sello y su propia expresion.

LECCION XII.

Los pueblos en sus niños son vivos, volubles, conchados y expansivos. Su elocuencia en este periodo es excentrica, impropia, adorna con las gracias del colorido mas seductor, llena de metáforas, y se caracteriza por la fantasía de la fantasía, por la falta de la fantasía, por la falta de la fantasía, por la falta de la fantasía.

Reflexiones sobre el desarrollo y carácter distintivo de la elocuencia, segun el estado de las sociedades.

HACE mucho que se dijo que la humanidad entera puede representarse en un solo hombre. Y en verdad, la aglomeracion de individuos forma el conjunto de la humanidad, y la descomposicion de este gran todo, da por resultado aisladas individualidades. Por este principio las sociedades presentan en su progreso y decadencia, las mismas leyes y las mismas transformaciones que se observan en la vida humana. La infancia, la juventud, la edad lozana, pero madura, y por último, la vejez decrepita, son los tránsitos, son las diferentes gradas que la mano de la naturaleza ha señalado en sus obras, y entre ellas en la vida del hombre. Las sociedades siguen el mismo orden de desenvolvimiento, de ascenso y descenso. La vida es para ellas como para los individuos, una cuesta mas ó menos larga que sube la juven-

tud, y que dobla y deja atrás la vejez. La subida es alegre, bulliciosa, y con un horizonte á la vista extenso y encantado; la bajada es fatigosa por lo rápida, triste y melancólica, porque el horizonte se acaba, y porque se piensa que todo ha quedado á la espalda. Pero entre los individuos y las sociedades, hay una diferencia muy grande; el hombre muere, y las sociedades renacen y se regeneran. La elocuencia, que es el tipo de los individuos y de los pueblos, se acomoda á todas estas transformaciones, y por mejor decir, es su sello y genuina expresion.

Los pueblos en su infancia, como los niños, son vivos, volubles, confiados y expansivos. Su elocuencia en este periodo es excéntrica, inquieta, bulliciosa, adornada con las gracias del colorido mas seductor, llena de metáforas y de figuras, que revelan la vitalidad y la intemperancia de la fantasía. Se la nota incorrecta, porque hay mas sentimiento que ideas, y á veces visionaria, porque se mueve entre ilusiones, y aun no ha llegado al desencanto de la experiencia.

Cuando los pueblos tocan al periodo de su juventud, se poseen, como los individuos, del sentimiento de su fuerza, y la elocuencia ofrece el cuadro de la lozanía y virilidad. Imágenes atrevidas, rasgos valientes, la expresion del poder y de la confianza que se revela en todas las frases, son la marca de ese espíritu osado é impetuoso, á quien las dificultades enardecen, y para quien los obstáculos son solo un motivo que redobla el ardimiento. En esta situacion, las opiniones tienen una gravitacion marcada hácia la democracia; y la democracia es el campo mas abierto y mas vasto para las luchas de la tribuna. Hasta aquí la elocuencia ha servido al placer ó al engrandecimiento en los dos tipos en

que la hemos considerado; pero llega el tercer periodo, y éste no puede menos de imprimirle una súbita transformacion, que le da muy distinta fisonomía.

Empieza la edad madura de las sociedades, y en ella, como sucede en el hombre, la razon se perfecciona á costa del corazon. A la luz de la experiencia, que ilustra entibiando los espíritus, se aprenden muchas cosas que se ignoraban, y se rasga el seductor velo de rosa, por cuyo trasparente se veia antes todo en el mundo de los esperanzas y de una inocencia virginal. No es esta ya, para los pueblos ni para los hombres, la edad de oro; es la edad de hierro, en que el cálculo, la astucia y el egoismo reemplazan á todas las impresiones y á todos los sentimientos, y en que las individualidades se afanan por crecer y levantarse, resueltas siempre á sacrificar al interés propio, el interés comun. Pero no hay contagio tan destructor, que no perdone á algunos individuos. Quedan hombres incorruptibles que se ofrecen á la vista como las columnas que se conservan en pié en medio de un monumento derruido por los años: quedan hombres en cuyo corazon nada pueden ni el hálito de las malas pasiones, ni la perversidad del ejemplo; y estos hombres, se consagran á la defensa de una causa tanto mas interesante, cuanto mas abandonada: y he aquí el momento en que salen á combatir dos elocuencias distintas, opuestas, que como los *hermanos enemigos*, de Racine, no admiten ni tregua ni reconciliacion. ¿Cuál será el carácter de esta nueva elocuencia, que se presenta en los pueblos para pervertirlos, para hacer la apoteosis del vicio, para defender todos los errores y todas las injusticias, y para poner sobre el mal, el traje y la máscara engañosa del bien? Es una elocuencia que renegó del Dios á quien antes adoraba; que

abdicó su poder, cambiándolo por los halagos y por los favores de la fortuna; que se degradó y se envileció hasta el punto de abrazar la causa de sus enemigos, cubriéndolos con su escudo y defendiéndolos con sus armas, en tanto que lanza golpes sangrientos sobre sus amigos y sobre sus hermanos. La victoria fluctúa entre ambas filas, porque si en una está la justicia que reclama, en la otra está la fuerza que arrastra, y el poder que compra prosélitos. Pero todavía, al menos hay lucha, todavía no se ha sucumbido, todavía se quema en este tercer periodo un incienso puro, aunque en pocos lugares, á la divinidad á quien los antiguos adoradores dejaron velada sobre el altar, cerrando con desprecio las puertas del templo. No es esta, ciertamente, la edad de la infancia con su alegría y con su candor, ni de la juventud con su poder y con su fuerza; es la edad adelantada con sus áridas convicciones, con sus calculadores planes, con sus inquietos recelos, con su maligna suspicacia y con su absoluta impotencia. La cima de la vida se dobló por desgracia, y en ese descenso, harto presuroso, cuanto mas se avanza, mas se adelanta hácia la decrepitud y la muerte.

Esta es la cuarta escala en que estampan su huella las naciones, como los individuos, antes de desaparecer para reproducirse ó para aniquilarse: grada desastrosa para los pueblos, levantada entre el polvo y los escombros de todo lo que fué grande, generoso y elevado; grada en que solo descansa la corrupcion disfrazada con el resplandor de sus oropeles; grada en que se apoyan los cuerpos débiles, y extenuados por la voluptuosidad y por el desórden, porque se quiere que al clamoreo de las exequias precedan la alegría embriagadora de los festines y los cánticos libertinos de las orgías. Esta

edad no tiene elocuencia, y si alguna pudiera tener, seria la de los cementerios.

He aquí como la elocuencia marcha al compás de la civilizacion, de que puede decirse que no es mas que un reflejo. En Grecia se mostró grande, cuando habia grandes hombres y grandes ejemplos que poder imitar: en Roma fué tan brillante como pura, mientras se dobló la rodilla ante la virtud política, y desapareció cuando los ciudadanos no supieron mas que prosternarse ante sus emperadores. De todo resulta que la elocuencia sigue y representa fielmente la situacion de los paises; que es poderosa en su juventud, débil y tímida en su vejez, que suena terrible en las tempestades y en las horas de peligro, mientras hay corazones que la acojan, y brazos que la secunden; pero que solo exhala sonidos débiles, cuando los pueblos se hallan, no en su sueño, sino en su postracion, ó cuando viejos y carcomidos, se ocultan con amortiguada luz, como un astro en el horizonte, para aparecer despues con nuevo resplandor y brillo.

